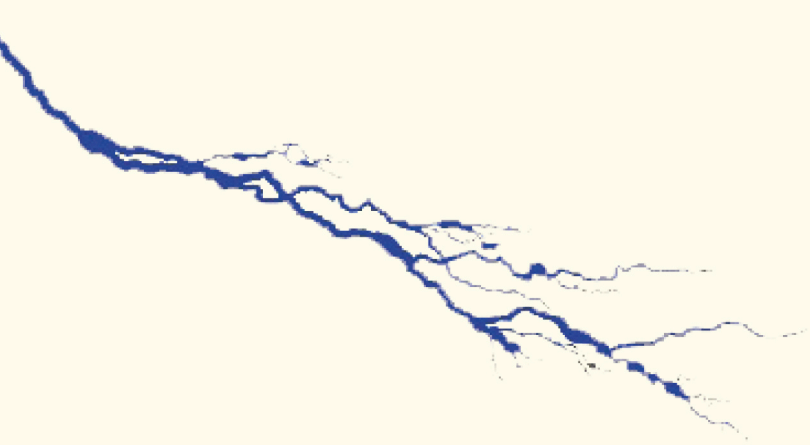

ALEJANDRO CÉSPEDES

LA INFECCIÓN DE LO HUMANO

RAYO AZUL POESÍA

HUERGA Y FIERRO EDITORES

La infección de lo humano

RAYO AZUL
POESÍA

ALEJANDRO CÉSPEDES

La infección de lo humano

RAYO AZUL
POESÍA

HUERGA Y FIERRO EDITORES

Colección dirigida por Óscar Ayala y Enrique Villagrasa

19

HUERGA Y FIERRO EDITORES
C/ SEBASTIÁN HERRERA, 9
28012 MADRID (ESPAÑA)
TELÉFONO: 91 467 63 61
E. MAIL: huerga@huergayfierro.com
WEB: www.huergayfierro.com

PRIMERA EDICIÓN
2021

© ALEJANDRO CÉSPEDES
© FOTOGRAFÍA DEL AUTOR: MANUEL ÁLVAREZ SUÁREZ
© DISEÑO DE COLECCIÓN: EQUIPO EDITORIAL
© DISEÑO LOGO DE LA COLECCIÓN: ÒSCAR VIVES
© HUERGA Y FIERRO EDITORES
DEPÓSITO LEGAL: - I. S. B. N:
IMPRESO EN ROMADAC INDUSTRIA DEL LIBRO
IMPRESO EN ESPAÑA

CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA
O TRANSFORMACIÓN DE ESTA OBRA SOLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN
DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY. DIRÍJASE A CEDRO
(CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) SI NECESITA FOTOCOPIAR
O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA
(WWW.CONLICENCIA.COM; 34 91 702 19 70 / 34 93 272 04 47)

PRÓLOGO

Este libro es el segundo de un ciclo de siete que decidí escribir tras leer los estudios de René Thom sobre la morfogénesis y la estabilidad estructural. Un ciclo que, siguiendo la nomenclatura que acabaría teniendo esta teoría del matemático francés, se titularía *Las siete catástrofes elementales. Siete teorías sobre la existencia*. No quiero extenderme demasiado en el aspecto teórico-argumental de esta decisión porque está ampliamente expresado en los prólogos de otras catástrofes anteriores ya publicadas: *Voces en off* (la 1.ª), *Cazadores de icebergs* (la 3.ª) o *Los infraleves* (la 5.ª). A ellos remito al lector para ampliar este campo. Queda para las mentes inquietas investigar los modelos topológicos ideados por Thom para el estudio de la génesis de las formas, así como de los sistemas de fuerzas que actúan sobre ellas y las hacen cambiar de estado: de uno estable a otro pasando por sus respectivas bifurcaciones. Aun así, considero necesario intentar justificar por qué esta 2.ª catástrofe se convierte en una herramienta muy sugerente para pensar la condición del sujeto contemporáneo, que es de lo que trata este libro. Porque la pregunta que articula *La infección de lo humano* no es qué le ocurre al hombre, sino qué le ocurre al mundo cuando el hombre entra en acción. Cuando la catástrofe ha ocurrido.

Pero ¿por qué mezclar una teoría matemático-topológica con la existencia humana? Muchas teorías han surgido de algún apriorismo, de una intuición previa acerca de cómo está organizado el mundo. Este libro también parte de dos. El primero: que detrás de la diversidad aparentemente caótica de las cosas existen unas pocas formas capaces de organizarlas. El segundo: que ninguna transformación importante comienza cuando se hace visible; cuando advertimos el cambio, este ya lleva tiempo actuando bajo la superficie. Sin embargo, las catástrofes de Thom no son un *a priori.* Lo que mantiene la estabilidad de una estructura (un sistema, una organización, etc.) es una dinámica subyacente, y su estabilidad es la propia manifestación de esa dinámica que sostiene la estructura. Si las catástrofes apareciesen como algo dado serían axiomas de la propia teoría. Pero lo que Thom defiende es que esas nuevas formas catastróficas nacen de la naturaleza misma de la realidad.

Son unas cosmogénesis en miniatura producidas cuando el caos se ordena. Y cuando lo hace, no ocurre de cualquier manera; esta aparición no es azarosa, solo puede hacerlo, según él, de esas siete maneras que terminarían denominándose *catástrofes elementale*s. Parece un contrasentido, pero solo desde el orden puede aparecer el caos y solo desde el desorden puede aparecer el orden. El orden está aquí tomado, además de literalmente, desde su conducta catastrófica, es decir, desde cómo una estructura o un sistema se desordena para volver al orden; a otro orden diferente, a otra forma de organización, por supuesto. Como dice L. Martín Santos, «lo único que existe es el desorden». Pero no hay que equivocarse, el interés de Thom no residía en el acontecimiento espectacular, sino en las condiciones que lo hacían posible. Y visto así, el caos es el abismo potencial que hay en la naturaleza y posibilita las transformaciones de unas cosas en otras. Por eso esta teoría tiene dentro de sí un inmenso potencial filosófico como herramienta de análisis. Y eso, a pesar de ser una teoría matemática, o precisamente por ello.

La teoría de las catástrofes es de ámbito general, puede aplicarse a todo tipo de procesos, desde el más simple al más complejo: desde el desarrollo de un embrión a la bolsa de valores o a la lingüística (lo hizo el propio Thom, J. Petitot, D.R. Hofstadter, y más cerca de nosotros, Fernando Pérez Herránz). Los de mayor complejidad son, obviamente, los sistemas culturales. Por eso mismo, la extraordinaria fertilidad de su teoría no se agota en sus aportaciones topológico-matemáticas; lo que la hace tan fascinante es la posibilidad de aplicación a dominios tan distintos del conocimiento como la biología, la morfogénesis, los procesos sociales, y un interminable etcétera. Todos ellos encuentran en estas estructuras un modelo sorprendente para explicar fenómenos que, siendo completamente diferentes entre sí, comparten una misma lógica interna. Lo que nos podría llevar a creer que la naturaleza piensa geométricamente antes de manifestarse físicamente. La estructura parece preceder al acontecimiento. Y entonces, ¿por qué no escribir un ciclo donde la poesía trate de replicar, a su manera, la gramática interna de estas siete catástrofes aplicadas a la existencia?

La catástrofe en cúspide (la 2.ª) nos ayuda en esta intuición. A diferencia de la primera (*el pliegue*), donde el sistema depende solamente de un único parámetro de control, *la cúspide* introduce una situación más compleja con dos fuerzas distintas actuando simultáneamente sobre una misma realidad (dos parámetros de control). Durante un tiempo el equilibrio parece posible, ambas tendencias coexisten y se compensan, pero es una estabilidad engañosa. Basta una mínima variación más para que el sistema abandone bruscamente su configuración inicial y salte a otra completamente distinta. La discontinuidad permanecía latente desde el principio.

Buena parte del pensamiento occidental ha interpretado la aparición de la conciencia en el mundo como una conquista. Desde la filosofía clásica hasta La Ilustración —y no digamos en lo que va de este siglo— la inteligencia ha sido presentada como el momento culminante de la evolución, más que de la vida, del propio universo; aunque esto pueda dar hasta un poco de pudor e incitar al sarcasmo. Pensar significaba comprender, comprender nos llevaba a dominar, y el dominio fue identificado con progreso. La historia podía leerse como el despliegue gradual de una facultad única destinada a iluminar el mundo, ese mundo minúsculo donde habitan los hombres. Pero este libro sospecha que hay algo menos grandilocuente: la conciencia no es una culminación, sino una interferencia. No es la solución, es el problema (también ontológico). No es algo que integre lo humano en la realidad a la que pertenece, sino aquello que lo hace separarse de ella: «Todas nuestras ideas acerca de la vida deben reformarse en una época en la que ya nada consigue aglutinarla. Y de esa penosa escisión nace la venganza de las cosas». En esta cita que abre el volumen, Artaud no se refiere a una enfermedad biológica ni a una decadencia histórica concreta; lo que denuncia es la sustitución progresiva de la experiencia por sus representaciones, de la vida por las imágenes de la vida, del impulso por la conciencia del impulso. Allí donde antes existía una relación inmediata con el mundo aparece una mediación; donde había presencia se fue sustituyendo por distancia. La infección comienza en el instante mismo en que la realidad deja de bastarse a sí misma y necesita ser interpretada, o al menos eso creemos.

Nuestros cerebros anhelan comprender, pero para hacerlo necesitan categorizar, y establecer clasificaciones es colocar fronteras donde no existían. Nuestra especie no se limita a vivir dentro de la naturaleza como cualquier otro organismo. Introduce una dimensión suplementaria: la representación. Los animales habitan el mundo; nosotros habitamos además las imágenes, los conceptos y los relatos que construimos sobre él. Esa capa simbólica vuelve más compleja —y también más problemática— nuestra relación con la realidad. El hombre es el que nombra, y al hacerlo delimita, separa: «las jaulas, las macetas, las ciudades», también los calendarios. Somos las únicas criaturas que necesitan determinar el tiempo. Primero lo estabulamos, luego lo dibujamos y después marcamos los días en rojo o en negro sobre doce hojas de papel o en una hoja de *Excel*. Todas son manifestaciones de la misma pulsión: esa necesidad obsesiva de transformar el mundo en algo administrable. Y es precisamente en esos actos donde la infección comienza a propagarse.

Tal vez sea este el momento donde la relación con la 2.ª catástrofe de Thom comience a revelarse. La *cúspide* entra en el territorio simbólico del libro: todo en él se organiza alrededor de la tensión entre dos principios incompatibles. Por una parte, la realidad como aquello que existe independientemente de nosotros: la materia, los ciclos biológicos, la continuidad de la vida y la naturaleza entendida no como paisaje visitable, sino como un proceso. Por otra la intervención humana: el lenguaje, la técnica, la representación, la organización simbólica de la experiencia.

La historia de nuestra especie podría leerse como el intento de mantener ambos órdenes dentro de un mismo sistema. Durante siglos pareció posible. Pero el equilibrio se ha ido volviendo cada vez más inestable. Cuanto más eficaz es nuestra capacidad de transformación del mundo que habitamos (ya intentamos hacerlo en los que no habitamos), más evidente resulta la imposibilidad de hacerlo con respeto. Los humanos no se limitan a vivir en la naturaleza; muy al contrario, viven de ella, la reorganizan, la sustituyen, la reinterpretan construyéndola a su estúpida escala. La convierten en objeto de gestión. Ahí está la infección. Pero el libro rehúye el sentimentalismo ecológico; la impostura ecologista no constituye otra cosa que una autojustificación para practicar la

caridad ideológica. No estamos ante una elegía de los paisajes perdidos ni ante una denuncia convencional del deterioro ambiental. Lo que aquí se cuestiona es algo más profundo: la estructura misma de nuestra mirada, el modo en el que se piensa a sí misma y cómo contempla lo demás. Esta es nuestra catástrofe, lo que llamamos civilización contiene desde su germen una tendencia expansiva que termina asfixiando lo que pretende entender.

Thom concibió su teoría para describir el cambio de la estructura de un sistema a lo largo de un paisaje morfológico continuo que incluye saltos ocasionales. Con ello intentó explicar cómo ciertas formas pueden surgir en un medio homogéneo y cómo algo originado en la continuidad puede producir efectos discontinuos. El núcleo duro de su teoría es encontrar una explicación a los grandes cambios de comportamiento que se dan a partir de pequeños cambios circunstanciales. La 2.ª catástrofe elemental describe unos sistemas incapaces de reconciliar las fuerzas que los mantienen en un estado estable, en equilibrio, obligados a convivir con tensiones irreconciliables, hasta que una reorganización brusca modifica definitivamente su conducta. Describe el momento en que dos órdenes incompatibles descubren que ya no pueden seguir coexistiendo sin transformarse de un modo muy profundo; señala el punto crítico en el que una forma de habitar el mundo deja de ser posible y la otra se impone.

La naturaleza produjo una criatura capaz de contemplarla desde fuera como si solo fuera un decorado, de medirla, de transformarla moldeándola solamente en una dirección, de destruirla. Desde entonces ambas fuerzas permanecen atrapadas en una tensión sin resolución posible, salvo que el organismo que originó la catástrofe desaparezca por fin. La catástrofe antropocénica ya ha sucedido. Tal vez por eso el libro no ofrezca soluciones: «No hay cura para esto», se repite en él como una salmodia porque ya no hay regreso a una naturaleza originaria. Topológicamente, no hay estado anterior al que volver. La infección forma parte de nosotros. Somos simultáneamente la herida y quienes la producen.

LA INFECCIÓN DE LO HUMANO

(2020)

2ª Catástrofe elemental
2ª Teoría sobre la existencia

Para Óscar Ayala,
a quien tanto debo y a quien tanto recuerdo,
por creer en mí mucho más que yo mismo.

El mundo al principio era real.
A. Artaud

Si nuestra vida carece de azufre, es decir de una magia constante, es porque preferimos contemplar nuestros propios actos y perdernos en consideraciones acerca de las formas imaginadas de esos actos, y no que ellos las impulsen.

Y esta facultad es exclusivamente humana. Esta infección de lo humano contamina ideas que debían haber subsistido como ideas divinas.

[...] Todas nuestras ideas acerca de la vida deben reformarse en una época en la que ya nada consigue aglutinarla. Y de esa penosa escisión nace la venganza de las cosas.

[...] Y está bien que de tanto en tanto se produzcan cataclismos que nos inciten a volver a la naturaleza, es decir, a reencontrar la vida. El viejo totemismo de los animales, de las piedras, de los objetos cargados de electricidad, de los ropajes impregnados de esencias bestiales, brevemente, todo cuanto sirve para captar, dirigir y derivar fuerzas es para nosotros cosa muerta de la que no sacamos más que un provecho artístico y estático, un provecho de espectadores y no de actores.

[...] Toda cultura verdadera se apoya en los medios bárbaros y primitivos del totemismo, cuya vida salvaje, es decir enteramente espontánea, yo quiero adorar.

A. ARTAUD, *El teatro y su doble*

Canto I

La luz grita en el parto de unos seres celestes
arrojados al tiempo que se abren camino a dentelladas.
Por fuera es un enigma, pero dentro
todo en ella son íntimas respuestas. Se insinúa en las cosas
y las hará caducas y podrán ser tocadas y ofendidas.
El mundo al principio era real, hecho de clones, máscaras
que nacían con una anomalía:
—A recordar se aprende y hay lecciones
que no se olvidan nunca. Pero comenzaréis a ir desvaneciéndoos
cuando las apariencias y las formas imaginadas, hechas,
aprendidas, terminen por caer en el olvido.

Los sueños levantaron a sus muertos —han existido siempre—
ante unos horizontes que nacían en ese mismo instante.
Los ataron con unos artefactos a lomos de animales
que trepaban al aire incandescente.
Se vieron a sí mismos alejarse
y al viento erosionando su codicia igual que lepra seca
porque también el tiempo aprendía a nacer en ese instante.
—Hay quien desaparece en el hallazgo.
Y luego...,
recuerdos refutables,
mención de aquel suceso detenido en el ojo
del primer ser que vio la nieve ensangrentada.
Es la fugacidad la que ennoblece y purga,
la que diezma con su insolencia sobria y repentina
cualquier genealogía que habite en los espejos,
mientras todas las sombras de tus predecesores
conversan en los pecios del azogue esquilmado.
Y lo que queda..., añicos, deixis anafórica,
la resta de un exilio de fracasos.
—¡De rodillas! Al instante hay que mirarlo de rodillas.
Te ves en sus reflejos, en esa división reproductiva
que está multiplicándote: sobre el suelo tú por ti tantas veces
como sean capaces tus ojos de encontrarse.

Cada parte te evoca y te descifra.
Fragmentos
que en su turbia insolencia responden de ti mismo
y nada te preguntan
y nada se preguntan
y nada permanece.

La pereza se aplica en su odioso trabajo solo a medias.
Cada gota de lluvia que cae sobre una hoja en cualquier sitio
hace suya en el tránsito la existencia del tiempo.
Irse desvaneciendo en la caída
—que nunca es circular ni perdurable—
solo engendra otra gota sedienta de infinito
en la desierta idea de la perpetuación... y la nostalgia.
Pero eso no lo sabes.
No lo sabes.
No sabes todavía
que es tu propio cadáver quien la ocupa,
pero sí eres consciente de que en la redención de sus aristas
se aloja una ilusión... y una certeza.
Siempre es real el mundo en sus principios.
Luego habrá de llegar la convulsiva sinopsis del fragmento,
el devaluado ardor de lo no dicho.
Es condición del hombre limitar:
las jaulas, las macetas, las ciudades...,
reducir la existencia a bien medidos puntos cardinales
que en sí mismos no tienen dimensión.
Hay sueños parcelados en vidas troceadas
y el hombre continúa levantando los muros que lo cercan.
Vivir será un constante recoger los pedazos
de un tiempo que, aunque existe, ya no nos necesita,
mientras el sol desciende sin fronteras
sobre el único y frágil horizonte
en el que aún creemos.

Y aun así hay que seguir...
Hay que seguir
que ya viene el camino marcándonos el paso.

Para dejar de serlo, reanudan las huellas
su marcha impenitente y así se perpetúan y se explican,
pero un *yo no me sé* torpe y telúrico
convive en tu cerebro con los ecos
de esa autodestrucción premeditada.
No sabes concebirte sin lenguaje,
no sabes escribirte en el anverso
pues la palabra *ser* es uno de los términos
caídos de unas tablas de la ley que no eran tablas,
sino piedra deleble, rompible, devaluable,
y una vez esparcidas por el suelo, las letras que componen
las antiguas promesas que se hicieron al hombre
y a la mujer creados sobre un barro esculpido
con saliva de dioses
recelan de su orden:
res o *ser*,
no quedan más opciones comprensibles.
Ser una res del tiempo o *cogitans* o *extensa*
o solo *ser ahí..., ser* transferido al mundo...,
Dasein arrojado a su rebasamiento
como simple experiencia transitiva y culpable.

Pero esto aún no lo sabes.

La idea de futuro y de pasado se besan en la cara
siniestra de la búsqueda.
A cualquier precio piden coherencia.
Ahora un *yo me sé* torpe y telúrico
se imagina que vive en cada anáfora.
Con un dolor que encorva los metales
acaba de nacer una materia que al mínimo contacto
con la más breve luz se vuelve vieja.
Un hombre *embadurnado de sí mismo*[1],
ávido ya en su origen de interminables ráfagas de salvas,
pone en pie a sus ejércitos:
una legión de lágrimas en formación de ataque.

En el vientre preñado y oscuro de las rocas
un homínido pinta su futuro sobre un trozo de esquisto.

El mundo se convierte en el sermón de un pájaro suicida
que se despoja de sus dos zapatos
y los coloca al borde del abismo en el instante previo
a saltar decidido hacia el desorden.

Aquello que está arriba
todavía

no puede ser culpable ni inocente.

Aquello que está abajo
se ejercita

en fabricar tullidos deslumbrantes.

Canto II

Aquello que está abajo
—esa lluvia de piedras que cae sobre sonrisas desdentadas—
parece que pensase que la vida consiste en resignarse
al permanente asedio de las lágrimas.
Aquello que está arriba
—el desfile de espectros de un abrazo
que nos supo a derrota— allí sigue impertérrito,
con sus manos al aire convirtiendo minutos
en enormes milagros.

No hay cura para esto.

La verdad, la mentira, son organismos muy oportunistas.
Sombras, luces impresas
sobre un nuevo escenario en blanco y negro.
Solo el error es lícito. La exactitud es réplica indolente
que no hace buenas migas con la desavenencia.
La vida se traslada de un universo a otro
que origina un paisaje incomprensible.
Realidad fraccionada
abajo/arriba,
el roto y la frontera,
el hombre, el creador y lo creado siguen emborrachándose
ante la fantasía de un incierto equilibrio
y todas esas cosas a las que no supimos poner nombre
se niegan a aceptar la incertidumbre.
Golpean y golpean y golpean,
golpean los cristales desde dentro
mientras fuera escuchamos la tormenta.

No hay cura para esto.

La originalidad es ver algo que aún no tiene nombre,
que todavía no puede ser nombrado, aunque ya esté delante
de los ojos de todos.[2]
—Pero al menos gozabais con aquella inocencia del principio.

Inexacto, aquello solo eran aguijones
asomados al hambre de unos sueños
renegados e inermes ante el ansia de dioses pervertidos.

La realidad es un camino falso
que nos lleva de vuelta al paraíso
del que hace tiempo fuimos expulsados,
febriles y sedientos, sedentarios y errantes reclamamos
saciar la sed de los remordimientos.
Levantamos de nuevo el trampantojo
de la alegría primera, el simulacro
de una felicidad amordazada
por el zigzaguear de los pecados
en los retrovisores de los sueños.
Todas nuestras jactancias y leyes insensatas nos gobiernan
en las deformidades del olvido.
Impunemente hombres, falaces perspectivas,
guadañas encarnadas en nuestros semejantes.
Un disfraz con virtudes curativas nos besa en la nostalgia,
bebedizos, plegarias detestables...

No hay cura para esto.

Nunca estamos más sanos que en el desequilibrio.
Alegres al creer cicatrizadas las grietas producidas
por antiguos ultrajes, abrazamos doctrinas que nos ceban
con sus definiciones, con su asquerosa ciencia irrefutable.
Transigimos con las metamorfosis de un gigante asfixiado
por su tecnología. No hay cura para esto.
Ahora estamos preñados por un mundo
que se ausentó de golpe
y nos dejó estafados de rupturas y excesos.

Canto III

Estafados y rotos y castrados,
bienvenidos al alma de los espantapájaros.
Bienvenidos al reino de la melancolía,
a aquella vehemencia del principio,
al tiempo de aquel tiempo,
bienvenidos al tálamo de los taxidermistas,
al púlpito de Lázaro, al discurso del humo.
Seamos bienvenidos a las jurisdicciones del estigma,
al linaje de aquellos que murieron
frente a la tentación impetuosa
de conquistar los límites de algo.

Bienvenidos los turbios al espíritu
podrido del instante, a las cumbres nevadas
de nuestra vanidad y nuestra gloria, y a las falsas y rígidas
cremalleras de un llanto que cuelga de las sombras
como una estalactita.
Somos seres estériles, el oscuro principio
en donde la tiniebla imagina que empieza a propagarse.
Deudores de la luz solo somos las manchas
que quedan en los ojos cuando el resto del mundo
alrededor se extingue, y cuanto más firmamos
con la palabra *humano* más lejos y más alto
nuestro miedo a los vínculos.
Es todo lo que somos: esa imaginación que nos aparta
del origen sin enfadarnos nunca,
sin enfadarnos nunca con esa tiranía que no nos pertenece
y que nunca debimos aceptar como nuestra,
abyecta proyección que inundó el mundo
al abrazar los votos del estruendo.

Hubo un tiempo anterior en el que éramos libres
de inventarnos los nombres de los días.
No había formas aún y los profetas
no encontraban el túnel del oído.

Andábamos naciendo en cada instante
y el recuerdo era un mundo inhabitado
al que no se sabía ni siquiera llegar.
En cada tiempo nuevo que pisábamos florecía una selva.
Hasta que un día el grito perforó con su agudo los oídos,
troceó la existencia: los sueños y las luces,
las sombras y la vida.
Andan sueltos ahora unos dioses abstractos
que pugnan por cumplir sus profecías.
Nos han hecho mortales y vosotros
seguís hacia delante confiados.
No hay rumbo adonde vais. Es el futuro.
Buscaremos a tientas en aquel territorio donde fuimos felices,
pero siempre está allá, atrás y al alcanzarlo... atmósfera,
cosas muertas, intactas, imposibles de asir, polvo en el aire,
urna cerrada en la que duermen momias, y sin embargo en ellas
hay una esencia, un poso, que nos calma.
Escuchamos que alguien repite nuestro nombre en la distancia
y al girar la cabeza, vemos que cada sílaba al caer abre un hueco
en la espinosa selva que por detrás se alza. Cada sílaba un paso
que cuanto más avanza más retorna,
más hieren nuestra frente los alambres
de aquello que dejamos a la espalda.
Voz de cuerpo desnudo, en el instante mismo en el que vibras
hay germen de corteza en tus membranas
y aún ignoras la escoria que el camino
irá poniendo a diario entre tus cuerdas.
Te irás haciendo áspera,
necia, ronca, real como el mugido de una res solitaria.

Hoy es hoy, el pasado.

Bienvenidos al reino de la melancolía.

Todo se irá borrando con nuestro propio aliento.
Llevaremos a rastras el culpable cansancio de *estar siendo*
desde que la serpiente se agazapó al final de la conciencia.
Allá, en lo primordial y no adquirido,
en el anonimato de las ruinas y el estupor primero,
entre la realidad y la apariencia,
donde el tumor del *yo* aún no existía.

—Si hubieseis aprendido a comprender entonces...

Bienvenidos entonces a aquella vehemencia del principio.

Tan insignificante todavía la identidad del otro
cuando no imaginábamos existir para alguien.
Había que ejercitarse en el *no ser*.
Nada era allí real ni era supuesto,
todo era inexplorado y todos los caminos eran ciertos,
tan llenos de versiones de sí mismos,
tan sorprendentemente vacíos de cadáveres o intrigas,
tan deformes aún, tan sin escrúpulos.
La realidad tan solo era intuida,
se alimentaba a expensas de sí misma.
—Si hubieseis aprendido a comprender entonces...
Eso ya se nos dijo, pero no fue posible.
Estábamos aún en la primera errancia,
cuando éramos impunes y el hecho de vivir
aborrecía los cálculos. Sobreabundaba el tiempo
y nuestras deficiencias no roían los vicios del error,
todo era presentido, la virtud del acierto
solo era una provincia despoblada,
había que llenarla de colonos para labrar sus campos
y recoger las frágiles cosechas.
No hay triunfo comparable a la carrera.
Sin ambición aún de llegar antes, la misión era el tránsito,
esa suprema gloria de los días sin pompa,
sin despecho ni ansia, sin el deslumbramiento
ante nosotros mismos.

Bienvenidos entonces a aquel tiempo...
a aquel tiempo,
aquel tiempo...

Ahora nada sirve.
Ahora cualquier piedra que se precie
debería tener su propia iglesia.
Solo vale salirse del engaño,
de ese *ser para el yo* como fin único,
como si nunca hubiésemos autorizado a nadie
a que nos señalase para ser rechazados o elegidos.

Tan vehemente el fin
que no aprendimos a comprender entonces.

Bienvenidos al tálamo de los taxidermistas.

Un éxtasis bastardo amenaza los brotes de las horas
y todos nuestros gestos se iniciarán sobre esa podredumbre,
por encima de todo,
por encima del resto,
sin restricción alguna.
Sin restricción alguna vinimos a colmarnos
y a ser dignos de lástima. Izamos las banderas,
tragamos las fanfarrias, nos exhibimos tanto que tuvimos
que almacenar a los aduladores, a los adoradores del tictac
del tictac
del tictac...
Atrás quedó el silencio, en esa trampa,
como animal que sabe que morirá en el cepo pero sufre
por sus cachorros más que por la herida.
Lo que ahora conocemos solo es el eco de otra muerte en vano.
Amasamos la arcilla como si fuera el síntoma de otro,
de todos esos otros que en estado de gracia
se avienen a ser carne que ensucia las ciudades
de los supervivientes. Procesiones de ancianos
llevan bajo los palios su agonía
y los profanadores de nuestros paraísos
se enfrentan cada instante en sus absurdas guerras.

Raza sin sucesores ni desvíos.
Nos está prohibida cualquier metamorfosis,
pero tal vez podríamos reconquistar la duda,
esa fragilidad y esa ventaja de haber sido violados
por el hijo menor de los misterios.
La antigua maldición nos atestigua.
Hemos roto con todo, solo nos queda el asco
de morder más la herida como único alimento
para sentirnos vivos.
Las gotas de una sangre incontenible y lenta
predicen el instante que aún no ha sucedido.

Unos seres estáticos con los ojos de vidrio
contemplamos la escena.
Nadie se dará cuenta de que seguimos siendo
personajes atentos, personas disecadas.

Bienvenidos al púlpito de Lázaro.

Un ladrido celebra las fracturas
en los huesos del humo.
Maniquíes observan al suicida.
Qué parecidos son todos los muertos.
Qué intercambiables son quienes los miran.
Qué méritos haremos, qué acrobacias para ser aceptados
de nuevo en la manada sin estar sometidos
al *ser* que nos convoca,
sin trascendencia alguna, con total descarrío...
Tan vehemente el fin que no aprendimos
a comprender entonces. La enfermedad nos vela,
nos hace comprobar nuestra impotencia,
y al mirarlos de frente nuestros recuerdos son
una ficción de tal envergadura
que ni siquiera tiene que ensayarse.
Exterminio y fragmento representan sus cándidos papeles
durante el entreacto.
Tan vehemente el fin... Tan vehemente...

No estamos preparados para esto.

Un cartero reparte los turbulentos salmos
que anuncian el principio de la desesperanza,
el deshonor candente de las almas inéditas
y la verdad,
de nuevo,
y la verdad,
de nuevo,
con el ojo de un cíclope revolviendo los charcos.
Azar y aliento y légamo son imaginación y conjetura,
son la razón exacta que hace resucitar al quinto día
porque cinco son todos los silencios que nos han permitido,
cinco son las gaviotas que nos muerden los labios
cada vez que intentamos decir *hijo*, o pronunciar *amor*
en medio de una lluvia de metralla.

Son cinco los sentidos que se dieron al hombre
y cinco son los sueños no proscritos
sobre la paz inerte de los campos de esclavos.
—*Arbeit macht frei*.
Cinco fueron las piedras de David.
Cinco las pesadillas que tuvo Gilgamesh.

Cada uno de nosotros solo es un accidente entre las múltiples
y vagas propiedades de lo humano.
No hay cura para esto.
Somos dialectos muertos que dan vueltas
en la atenta mirada de los malabaristas,
payasos deprimidos que tienen en el rostro una mueca pintada
con sangre de una niña, personajes de un circo
al que le han cancelado las funciones, seres hechos de astillas,
manzanas perforadas por enjambres de topos.
Somos los comensales en las fiestas del fuego,
las caricias usadas en los cuerpos de otros,
aquello que subsiste eternamente
en el instante de una despedida.
No hay cura para esto.

Venimos de la estirpe de unos simios errantes y todo nos empuja
a saldar una deuda que jamás contrajimos.
Así vamos henchidos de certezas
al banquete que ofrece la masacre,
nos saciamos de símbolos, perímetros, palabras...
y la verdad de nuevo,
y la verdad de nuevo
con su esdrújula calma para aquellos que creen
en la paz del desastre mientras un garfio hace
su nido en las caricias y los grillos salmodian
a un verano que miente.

Con alambre oxidado cosemos las heridas.
Construimos con llanto
columnas que sostienen los desiertos.
No hay cura para esto.

Seamos bienvenidos al discurso del humo.
El aire se enfurece.

Siempre hemos sido nómadas y todo nos empuja a equivocarnos.

Canto IV

Nómadas fulminados por un rayo de hastío.
Vencida la inocencia, nuestra inmoralidad domesticada,
recogida en un día la cosecha de todas las edades,
en un instante solo, sin aviso,
como una aparición de pronto somos
conscientes de los años que han pasado
y que fuimos dejando resbalar por nuestra piel aún joven
cuando éramos nosotros —no la historia y los dogmas—
los dueños de la vida.
Ahora somos mortalmente conscientes de que solo nos queda
aquello que se sabe ya perdido.
Hemos fundado el tiempo.
Hemos ganado el miedo.

Dios del relativismo que todo lo devastas,
con tus hordas de insectos nos roes las cortezas
de los sueños cumplidos y tiras a la duerna de los cerdos
aquellos que podrían realizarse.
Líder de la inmodestia, forjado con el sílex de la desesperanza
vienes a alimentar el deterioro, eres el instrumento que calcina
e inocula su azufre en los deseos.
El peligro es el límite que impones
en tu cruel y vacía extravagancia, la máquina inventada
por un demonio ingrávido, híbrido de tejón y de serpiente
de quienes ha heredado el veneno y la astucia.

Un primate se yergue sobre el cráneo de un hombre
varado entre las hélices de su propia soberbia.
Nómadas fulminados delante de su espejo,
hijos de una debilidad imperativa,
sedientos de un destino imaginado, desprovistos de tacto,
perversamente hábiles para el desmembramiento y el mordisco.
Parálisis y miedo, paraíso y condena
son esbozos de un alma resentida
por el escalofrío de lo humano, temblando ante la duda

y el peligro se acercan, materia desliada, desleída conciencia
que dirime al unísono la amargura de verse
reflejado en el tiempo.
La vida, sin embargo, festeja el esclavismo.
En cada nuevo instante apostatamos de todos los recuerdos,
pordioseros de una vacua inocencia, revestidos de dioses
inmanentes y erráticos.
El poder y la ley siempre están hechos
a la medida de los ganadores.
Toda nuestra grandeza es un escándalo a los ojos del pájaro,
un resbalón cargado de miseria que aboga por un puesto
en el trono del hambre, jerarquía profunda del estrato que deja
la primera renuncia
y el último abandono,
la forma de esperar de aquellos personajes
que no se saben rotos por el tiempo, de pie en el escenario,
con la vista enterrada entre las sombras.

Toda nuestra soberbia es un huevo aplastado
por un buque de guerra. Todos nuestros deseos
son relojes que atrasan, maquinarias sin fe,
derretidas y flácidas sobre *La persistencia*
de la memoria[3] de un árbol moribundo que da flores de tiempo
en la orilla de un óleo despoblado.
Se nos llena la boca de la palabra *humano*
y solo somos prédicas brevemente enunciadas,
síntesis de la estética y la estática de todos los que esperan
que Godot comparezca por fin en el proscenio.
Solo somos los cinco personajes en esa reconquista
ritual que se repite cada vez que se encienden
las luces de la escena.
Pero Godot es una verdad inagotable,
realidad que no acepta renunciar a ninguno
de los cuerpos posibles.
Somos los cinco errores de cinco vidas huecas.
No hay dejación posible y bien lo sabe Lucky
cada vez que repite su monólogo.
Una yegua dio a luz a lomos de una estrella,
pero su feto cae sobre las tumbas de sus antepasados.
La palabra *dolor* y la palabra *humano* son acuíferos
que mueren sobreexplotados.

Es el tiempo de la degradación.
La causa que establece ese perímetro
donde todas las cosas podrían comprenderse:
ver lo que todo el mundo puede ver y no ve,[4]

y sin embargo...

Canto V

Y sin embargo,
todas las indigencias nos llevan al amor.
Un hombre débil se acomoda en las cumbres
de sus propias desgracias, en la altura inservible y seductora
de una salvación condicionada al tránsito perpetuo,
al esfuerzo que exige una ambición tan ebria
y sin embargo en ella se abandona.
Y sin embargo en ella se abandona.
Sin estar predispuesto al fracaso indudable se abandona
sometido a las furias, apariencias al borde de la nada,
falsas y burdas réplicas, pulmones malogrados
para hablarle a la asfixia cara a cara.

Toda nuestra inocencia se hace inútil
ante el tráfago de andar recomponiéndose
una vez más, y nunca y como siempre
hacer de lo absoluto la verdadera y próspera antinomia
que nos tira al abismo ante el simple recuerdo del pasado.
Una vez más y nunca y como siempre
se lanza hacia el vacío
en otra parte,
el hombre, el pertrechado..., en otra parte,
una vez más y nunca y como siempre
con todas las respuestas,
con todas las palabras,
con todas las pasiones invioladas,
dilapidando el ser en lo que es falso,
pervirtiendo con su melancolía todas las realidades,
toda su inconsistencia aniquilándose
con el fervor intacto para fingir la vida,
pusilánimemente engrandecido
ante el rigor de todo cuanto ignora,
pero alzando los ojos de puntillas en aquello que aguarda
aunque apenas exista,
aunque apenas exista desfallece

frente a la idolatría de un futuro implacable,
contradictorio y múltiple, reina sobre las bestias
de sus deformidades.

Tal vez no lo comprendas,
todo lo que está al margen nos sitúa
en medio de su turbio sumidero.
Tal vez no lo comprendas,
amar es la intención,
pero al amor lo abruman las preguntas,
las cien mil caras de la misma ruina.
Compartamos sus ruinas sin insistir en ellas,
sin levantar ficciones ni causas refractarias, sin el resentimiento
de que hayamos pintado de negro las balizas
que nos habrían salvado de encallar en la pérdida,
sin todas sus metástasis, sin ardor ni esperpento,
sin llenar de napalm nuestra inocencia...
a lo mejor así renaceríamos.
Tal vez no lo comprendas,
a lo mejor así renaceríamos
sin evaluar el agua que vertimos,
sin dar a las balanzas el pan que no comimos,
sin levantar las horcas del recelo,
sin expiar en ellas los pecados que nos inocularon
esos garfios de antiguos abandonos que nos hacen parientes
de cualquier soledad insoportable.

La sangre no nos mancha.
La lluvia no nos moja.
La luz ya solo sirve
para besar la boca de la herida.

Canto VI

Maldita luz la que nos hace sólidos y nítidos
porque es como un estigma que viaja en el recuerdo.
Desde la soledad a la esperanza
surca el tiempo con las alas de un súcubo.
Todo ángel es terrible.
Ofrece transgresión y paraíso, es promesa y nostalgia,
símbolo del olvido a pecho descubierto,
fervor que no vacila ante el hermoso
y desnudo animal que nos entrega
el peligro que abunda en su belleza.

Maldita sí, maldita, porque esa luz, cimiento de la duda,
se mofa de esta vida que baila alrededor como si nada
se pudiera poner bajo sospecha.

Toda tu gravedad succiona esa materia
que aún me reconoce como suya,
y sin embargo...
nunca he sido tan hombre como ahora,
siervo de tu ternura, devoto de tu especie,
no hay modo de eludirte, todo es inevitable y anaerobio,
morir en ti es una algarabía, respirar tu veneno,
dar voz a los instantes que torturan
este silencio que a los dos confunde.

La obsesión de tu aire es la que ahoga.
No hay piedad,
es todo tan real que ya no queda sitio para el símbolo.
Ese olor que dejaste en riguroso préstamo
se clava entre los riscos del recuerdo
igual que las pezuñas de los íbices buscan sobre el abismo
una mínima piedra en la que asirse.
Tu ofrecimiento resulta insoportable.
¿Con qué derecho hiere tu esplendor en la hierba?
¿Con qué derecho tú?

Toda la extravagancia de tu vigilia aúlla, suplicio inconfesable,
devastador prestigio de apariencias mutadas.
Nunca soy menos hombre que ahora mismo
en las garras de tu melancolía,
esa insaciable y cruel desproporción
entre lo que se anhela y su recuerdo.

El amor que se otorga mientras se finge el sueño
no es amor, es limosna.
Pero Girondo insiste diciéndome al oído:
—No hay ternura comparable
a la de acariciar algo que duerme,[5]
mientras Chantal le cuenta al otro oído:
—Es cobardía amar a un ser dormido.[6]

Maldita luz la que nos hace cautos e indecisos.
Siempre es mejor amar a un cuerpo muerto,
pues suponiendo incluso que el ángel *me ciñera*
contra su corazón, la fuerza de su ser me borraría.[7]
Sabemos desde Rilke que lo hermoso
es heraldo que anuncia lo terrible.

Nunca soy menos hombre que ahora mismo.
Ya no tengo que andar sobre verdades.

La carne se ejercita en hacer que germinen
sus cosechas de óxido y una música abona
los campos del destierro.

Tanta debilidad en la belleza...

Canto VII

Tanta debilidad cuando ese asombro
no es sino el comienzo de un espanto
que todavía *podemos soportar y admiramos*
tan solo en la medida en que se aviene
desdeñoso a existir sin destruirnos...[8]

Chopin era un romántico en todos los sentidos.
En sus composiciones el drama estaba oculto
por un denso sustrato de belleza.
En él siempre vencía lo hermoso a lo siniestro.
La vida no le dio para leer a Nietzsche.[9]
Quién sabe si el pianista escuchaba también en otro tiempo
ladrar en lo profundo de su sótano a esos perros salvajes
que se convertirían en pájaros cantores.
Tal vez él procediese de la estirpe de aquellos vengativos,
lujuriosos, coléricos, fanáticos, de los que Friedrich dijo
que al final sus pasiones se tornaron virtudes
y todos sus demonios transmutaron en ángeles.
O quizás también supo convertir sus venenos
en ungüentos balsámicos y sus viles pasiones
incubaron en él sus huevos áureos.

Hubo un tiempo en que Mozart pensaba de ese modo.
Decía que la música, incluso en los momentos más terribles,
no debiera ofender a los oídos
ni producir rasguños en el ánimo.[10]
Mucho mejor vivir en la ilusión.
Conmover sin turbar, música amable.
Pero a Mozart también le llegaría el momento
de escuchar en sus sótanos el cascabel del crótalo
y el mordisco del lobo en su intestino.

¡Ay, Chopin, quién supiera vivir en el engaño
sin tener la agonía escorada hacia el miércoles!,
sin quedar suspendido eternamente
en el medio segundo que durará un silencio de corchea.

Apostar por la vida
es lo mismo que jugar con dos dados
esperando que siempre sumen trece.
Es tratar de excavar inversamente
en un pozo que alguien vuelve a llenar de humo.

Hoy ninguna esperanza se insinúa en las cosas
y los sueños no pueden protegerse del tábano
con alambres de espino.
Empapados del verbo *soledad*, sabemos conjugarlo
en multiplicidad de variaciones: persona, modo, número,
tiempo que nos despoja de nuestros espejismos...
Esas son nuestras músicas.

Un hombre confundido y con presbicia pone en duda su obra.
Piensa que está viviendo en mitad de otro sueño encasquillado.
Seguirá caminando sobre los cementerios de sus dogmas
hasta que hayan mordido sus ojos las avispas,
y cuando ya no pueda sostenerse hallará su sustento
en la palabra *búsqueda*.

La vida se derrama igual que leche hirviendo
sobre una chapa al rojo, y mientras, el futuro,
con su olor a res muerta que está descomponiéndose
debajo de la cama, ya no escucha.
No escucha.

Para burlar la muerte se nos ha construido este gran decorado,
pues tanto en lo más grande como en lo más pequeño,
vivir es un engaño.[11]
¡Ay, Chopin, quién supiera vivir en la tramoya!,
sacar de nuestros sótanos los dóciles sinónimos
que habrán de definirnos, decir *soy* y exhibirse en la palabrería
del humo de esa leche evaporada
que se eleva para cobrar sentido.

En la ficción del fuego enseña el mundo
su inclinación a ser interpretado.
Explica su desdén al mostrar la apariencia de sus formas.
Ni insiste, ni descree, ni actúa, ni limita,
ni va a perder su tiempo en explicarse.

Aborrece la física y los números cuánticos.
No es dual y no es único,
no es materia ni forma, ni profundo ni leve.
Le da lo mismo ser inteligible, platónico o disperso.
Odia la coherencia, la eternidad, el miedo.
La verdad y la muerte le dan asco.
La explicación teórica del hombre le conmueve.
Escupe en el concepto de armonía.
Al mismísimo dios le desconcierta.

El mundo fue mejor sin nuestra concurrencia.
Lo dijo Anaximandro:
—El hombre es un error de la naturaleza
que tan solo se expía con la muerte.[12]
Se lo copió Schopenhauer:
—Cada individuación es un error, un paso en falso,
un castigo o una expiación, deuda que contrajimos
con nuestro nacimiento.[13]
Añadió solamente estas palabras:
un paso..., un paso en falso.
Un paso, solo un paso, que fue para Cioran definitivo:
—Solo existe destino fuera del paraíso.[14]

Así son nuestras músicas...,
las notas de unos pasos que siempre nos conducen
hacia el sitio incorrecto.
Todos somos en ellas figuras predecibles:
unos seremos blancas, redondas, semifusas...,
otros sencillamente silencios de corcheas;
solo simples recursos de viejas soledades que divergen,
las triviales secuencias de aquel desequilibrio
que estalló sin aviso en algún mal momento de lo humano.

Lo inicial se duplica.
La sucesión de puntos en un orden concreto
allanan el camino al abandono.
Nuestros dioses se vuelven suspensivos...
y entonces...,
la irrupción del desprecio y del vacío
de una mirada áspera y enferma,
la física del ojo y el cálculo del vértigo, el estatuto flácido

de una diversidad domesticada a fuerza de preguntas,
la vulgar ceremonia de unos seres
que se observan desde un ángulo obtuso,
el devenir y el ir y estar quedándose, toda esa anomalía
que restituye el *ser* a sus extremos, mientras el desamparo
conjuga por su cuenta los verbos del retorno.
Y entonces...,
nuestros perros salvajes exigen libertad
y ladran de placer cuando se abren
al unísono todas sus prisiones.
Y entonces...,
sin saber muy bien cómo, florecen en los ojos
todas las supernovas y entendemos el arte del polaco.
En realidad dios era un pobre músico
que no sabía leer las partituras.
Puso sus manos juntas y construyó un volcán para nosotros.
Fabricó nuestro caos y todo cuanto pudo diluirse
se enmarañó en aquella escorrentía.
Media vida arrancándonos escamas para saber ahora
que habremos de pasarnos la otra media
de rodillas, buscándolas, confeccionando aquellos dinosaurios
que nos hicieron pájaros y hombres para empezar de nuevo
y tal vez enmendar este desastre.

—Tuvisteis tanto tiempo en las mazmorras a los perros salvajes
que ya se han transformado en pájaros cantores.

El sonido del ser, Chopin, luz engrosada
bajo el yunque de todos los macillos.
El drama sigue oculto bajo un denso sustrato de belleza.
Ha de vencer lo hermoso a lo siniestro.
Un muñeco se abraza a otro muñeco,
besa su imperfección, ama lo idéntico,
y sin embargo...,
en la intensa afonía de ese abrazo
hay una soledad desmesurada.
Los árboles caídos frotan obscenamente su epidermis
y un niño fabricado con listones y clavos los envidia.
¿Qué hacer con las astillas imperfectas?
Al unísono gritan los muñecos,
se declaran fanáticos disidentes del fuego.

La irracionalidad se hace egocéntrica.
Somos cuerpos que habitan hologramas
mientras suena una música celeste y sinestésica.

No se escuchan los perros que aúllan en el sótano.

¿Y *quién si yo gritase me oiría*...?

Canto VIII

Esos perros que anidan debajo de las sayas del apóstol,
la maleta vacía del vendedor de herpes,
los mohosos catálogos de nuestra insuficiencia,
los rosarios cantados en lenguajes de signos...,
Pesadillas abúlicas se aglomeran en torno a la impudicia.
El crimen cometido se desviste de vergüenza y mesura.
Viajeros enfangados se hacen dueños de su propio exterminio.
¡De qué sirve asombrarse?
¡De qué cebar con miel esta agonía?
Todo está por encima del invento.
Caer es nuestra única premisa, nuestro final designio,
el sereno hormigueo de una mancha de éxtasis
que se pudre en el vientre de una estrella,
el mecanismo impune que respira en la mugre
y en los ojos abiertos de un animal expira.

¿De qué sirve asombrarse?
Tal como van las cosas, mudar de piel es el primer intento
para olvidar el cuerpo en la cuneta, esa metamorfosis
urgente y necesaria que sustituya los tumores viejos.

¡Insensatos! ¡Cualquiera de nosotros es un vértigo inútil!
Todos, singularmente, cada necesidad multiplicada
por el cociente de todas nuestras guerras
es el engendro humano que resiembra el futuro,
los futuros, las pérdidas,
el sueño artesonado de un pueril universo.
¡Qué insensatos!
Ofrecisteis al ágora las lenguas
de los sacrificados. Cualquiera de vosotros
es instrumento útil para estos desvaríos,
para que las serpientes canjeen su vestido,
su género, su especie, pero ahora...,
ahora todos temblando.
Ahora todos temblando
y al unísono todos los terrores

pues todos nos conciernen y nos hablan en lenguas
que muy pocos entienden.
Así nuestra impostura...
¿Abdicamos entonces?
Llamemos a las cosas libertad o tragedia.
Cada huella grabada en nuestra frente
con una indiferencia compulsiva nos lo está recordando,
entre la inflamación de cada sílaba, allí, multiplicándose
en la genealogía del error.
No seáis insensatos.
¡Regresad a la fiebre del principio
con el recambio de vuestras perspectivas!
Seguir echando abono en el resentimiento
solo es tomar veneno y esperar que sea el otro quien se muera.
Así nuestra impostura..., mudar de piel, esas metamorfosis
para olvidar el cuerpo en la cuneta.
Las rodillas se hunden en un barro de carne triturada.
Hay lágrimas que tienen mayor causticidad que el jugo gástrico.

Caer es nuestra única premisa.
La vida es un estigma que se hereda.
Dióxido de azufre barbitúricos velocidad o pólvora...,
la compañía no importa cuando la muerte busca no estar sola.
Un silencio responde a nuestros nombres.
No se conmoverá con el dolor.
Una sustancia tóxica recorre los recuerdos.
Cada uno es el otro y ninguno es él mismo,[15]
combustión espontánea, polvo puro.
¡De qué sirve asombrarse!
Ahora todos temblando...
Ahora todos temblando, la luz no está de parto, ya no grita,
y esos seres celestes arrojados al tiempo
se besan en la boca,
llevan entre los labios la estridencia
de una motosierra.

¡Dadnos la oscuridad!, la luz muy ciega.

Se entrecorta la luz, la demasiada.

Canto IX

Demasiada exigencia.
Demasiado fervor ante la indiferencia.
Hay que inventar los símbolos, falsificar hoy mismo
el oro del altar y sus becerros. Seamos nombres propios
de unos hombres ajenos ante un horror que magnifica el caos
en que se ha convertido nuestra historia.
Paralíticos dioses se adueñan del camino, todo se vuelve inútil
en esta compraventa de esclavos al despiece.
¡Concibamos la hazaña de ganar cada pérdida!
¿Acaso no es ahí
donde inyecta el parásito su locuaz controversia?
¿Acaso es inefable
esa sombra que anhela nuestros nombres
para sustituirnos por el turbio valor de una divisa?
La tierra se persigna con un grávido gesto
y solo somos dueños de un destino impostado.
Y pensándolo bien...,
siempre nos anteceden las historias
de explotación, comercio, rendimiento...
Entregamos el cuerpo a las hogueras,
pero solo se incendian las costuras.
Cae la ceniza en tierra igual que un sonajero
que llevase en su núcleo las monedas exactas
que sirvieron a Judas para tensar la cuerda de la horca.

Solo somos el precio que pagamos
por intentar dejar de ser lo que ya somos.
Besamos la verdad y las palabras sangran.
Lamemos sin herirnos
el cuchillo que lleva nuestro engaño.

La deuda va creciendo.
No debiera olvidarse.
Hay veces que los días tienen nudos.
El desenlace viaja en cada monstruo
y en su oscura certeza la máquina impaciente del destino rueda

rueda
hacia el desastre rueda.
No debiera olvidarse.
Todo ha ido creciendo a su inútil capricho
y dentro de nosotros hay una anomalía,
una locura universal y cuántica,
encarnizada y rutinaria y áspera que no concibe un átomo
donde pueda hacer ruido la utopía.

No matarás.
Ese es el mandamiento que la salva.

Los precedentes suman cada pérdida,
cada bastión tomado por las hordas del primer desaliento,
y de un silencio antiguo
que ha olvidado en qué forma se pronuncia
desborda el artificio de eso que llaman vida.
Los cristales se tiñen de ceniza,
el sonido fermenta entre los labios
y su pregunta hiere los misterios con su retráctil garfio.
Cada día termina
y empieza
con la duda.
¡Demasiada exigencia se ampara en el tumulto del sofisma!
Tan demasiada pólvora para no abatir nada.
Para poder vivir es necesario llevar hasta el final estas certezas.
Toda verdad retorna a su larvario espíritu, cualquier afirmación
se envuelve en una cándida mortaja
y el error se transfiere al ADN de nuestras convicciones.
Todo nadie es producto de otro nadie
y sin embargo...,
en cada negación se desespera,
en cada afirmación se desconcierta,
rechaza lo que es... y aquello que no es le hace intercambiable.
Muñequitos mecánicos en las manos de dioses y políticos,
hijos de la espiral, títeres errabundos con los hilos roídos
por las volubles pujas de sus viejos profetas,
incomprensiblemente...
Incomprensiblemente persisten en sus crueles simulacros
de belleza sin perdonar a nadie,
sin perdonar a nadie,

conjugando el dilema de los dubitativos,
sin embargo...
demasiada exigencia
para esos pobres cuerpos corroídos.
Sin perdonar a nadie
una lluvia de mármol cayó sobre los charcos
con toda su mecánica celeste. Llovió con tanta rabia
que los sueños volvieron a sus sótanos
y se ahogaron allí mientras creían
que estaban destinados a colmarse.
Sin embargo...
el sol ya está al acecho
y hasta la flor ignora dónde puede llegar con su bulimia.

Al volver a salir de nuestras casas el mundo estaba allí,
rompía como un vidrio contra los ojos lánguidos.

La soledad maldice al abandono
en el sepelio de su propia madre.

Desconoce qué es el desamparo
el árbol que no ha visto nunca un bosque.

Un montón de chatarra escucha el viento
en los agudos páramos de Marte.

Frialdad apresada, un aire estático
que hay que separar si se quiere cruzar a la otra herida,
resistir el empuje del olvido.

Las ruinas se ensimisman en su propio reflejo.

En la desolación de lo que aún subsiste
una hélice gira en la puesta de sol y la trocea.

No estamos preparados para esto.
¿Mejor permanecer en el recuerdo?

—Demasiada exigencia.
Por encima de toda voluntad se escucha.

Canto X

Por encima de toda voluntad se escucha:
—Solo sois tiempo póstumo,
los posos de una muerte excedentaria.

Hijos de unas doctrinas que pastorean el caos,
a excepción de nosotros, ningún ser se fascina
con su propia existencia.[16]
No estamos satisfechos con ser solo animales de la tierra.
Tal vez lo que nos pasa es que nos puede el ansia
de sentirnos eternos sin asumir que estamos diluyéndonos
en un tiempo presente —siempre ahora—
que no tiene otro fin que el agotarse
en lo infinito de su propio olvido.
Y todo nos ayuda.
Utopías de saldo en los relatos míticos nos ponen en el centro
y todo el universo está concatenado con nosotros.

Seguimos masticando para hacer más amarga la saliva,
pero estamos, estamos, habitamos el fondo
de todos los espejos por si fuera preciso
hacer con su silencio alguna almohada.
Y mientras...,
acarreamos nuestro desconsuelo
hacia la cara oculta de la ausencia
con los vagos reflejos de la enorme ficción que nos ampara.
¡Hay que abjurar del orden!
¡Abolir la armonía!

Por encima de toda voluntad se escucha:
—¡El bien no os incumbe!, el mal es artilugio de la clarividencia.

No sabemos medir nuestros rechazos, divagamos sin rumbo
entre la salvación y lo monstruoso, entre el grito que ordena
su misión a la máscara, su sumisión al frívolo pretexto.
Humanamente ciegos, vivir aquí es lo mismo que abstenerse.

Ser y *muerte* discuten en sus nudos:
—Soñar es el error.
—Él es el enemigo.
Siempre hay un argumento que avale su exterminio.
Cada instante sumerge en su estrategia la razón de las víctimas,
su inescrutable afán de rebeldía.
—Vivir es el error.
—Soñar el enemigo.
Siempre hay un argumento que avale su exterminio.

El sueño regurgita cada remordimiento,
pero el error no puede permitirse contradicción alguna.
Tres son sus condiciones para llegar a ser incontestable:
●Un universo múltiple, ni siquiera intuido.
●Un *ser* profundo, estéril y sin fondo que hace inútil el cálculo.
●Una regla que mida el orden del suceso.
Invisible y perplejo advenimiento de cierta realidad inagotable
—o no— que deteriora el *ser* y la materia.

La muerte, más estricta, nos impone sus cuatro condiciones:
ser irreferenciable,
y ser irrepetible, irrebasable,
y quizá la más justa: intransferible.
Heidegger nos explica sus motivos:
—Solo a mí se refiere, nunca pasa dos veces,
más allá de la muerte ya no hay nada,
—y quizá la más justa— *por mí, aunque quisiera,*
no puede morir nadie.
Pero hay una premisa matemática
que no estamos cumpliendo ante cada enunciado.
Platón en su *República* ya dijo
que la clave de este sistema utópico
radicaba en que el número de humanos
mantuviera sus límites.

Las letras que se apilan en la palabra *muerte*
son un rompecabezas al que le sobran partes.
Cada trozo un disparo.
Acertar es el precio.

Ponemos en su sitio el hexaedro con la letra correcta
mientras vamos leyendo en las caras ocultas del cuadrado
la razón metafísica que inventó un relojero.
¿Resultado?: Tú por ti nuevamente.
Toda existencia en la tierra es una vida de exilio.[17]
Vidas efervescentes se consumen en torno a sus catástrofes.
Anémicas burbujas giran sobre un proceso irreversible.

La génesis no cesa.

Hay un disparo en bucle, dando vueltas
en un ir y venir hacia los órganos.
Un rugido de fondo nos circunda y nos mide,
estamos al albur de cualquier decisión aleatoria.

La génesis no cesa.

No hay consuelo para los resurrectos.
Una vez destruido el último refugio del origen
las verdades se agolpan en fila ante los féretros.
Fusiladas resisten con el tesón de un párpado,
levantarse y caer como el telón de un cíclope
que abre y cierra de golpe el escenario.
Gota a gota las lágrimas,
de igual a igual,
contagiadas de tanta transparencia,
enfermando de golpe por la grieta
de cualquier semejante que se adhiera al abismo.
De igual a igual
como si el mundo fuese una aporía,
un estremecimiento que hace un órdago al caos.
Déjame que te insista, ¿resultado?:
Tú por ti. Tercamente.

Somos un instrumento en la razón del prójimo.
Tú y yo, tu semejante, ¿cómo podríamos ser verificados?
Es ilusorio el riesgo. El rasgo distintivo de lo humano
en su honda prospección bebe y se asfixia,
un disparate inerme ante el reflejo de su auténtica imagen.

El espejo se contagia de música
y proyecta en el monstruo la conciencia
de su desarmonía.
En la mesa de juego la ética del otro,
la inflexión de una pérdida infartada de génesis,
inmune a los tropiezos,
la singularidad como un patrón gastado por el uso
de múltiples disfraces.
Somos los individuos suplantables
en la obsoleta idea del recambio.
¿Trascender?
Resignarse.
La máquina antagónica es también una pieza reversible.
Tú por ti, ¿lo recuerdas?
Es el tiempo es el tiempo es el tiempo
esa causalidad imperativa
que encuentra su fortuna en el combate,
azar, degradación, y miedo, miedo...,
la predicción caótica de Hesíodo.
¡Oh *natura naturans, natura naturata,*
pensadas como engendro disociado!,
soy el que soy, Dasein...
Intenso, intrascendente, un hombre ¡ah!,
un hombre convocado a la existencia,
un ser que se somete y se reduce
hace el mundo a su imagen y se observa:
injerto de sí mismo, innecesario cauce.

¿Por qué el entretenerse con las cosas no es auténtico, Heid?[18]
¿Por qué se ha de sufrir?
¿Por qué hay más verdad en abrazarse
a la tragicomedia del destino? ¡Dinos, Heid!
¿Acaso únicamente somos cuerpos de existencia panóptica?[19]

Escribir es el precio que se paga por hacerse preguntas.
La poesía y la filosofía
son los lenguajes de la incertidumbre.
Demasiada exigencia...

Se han instalado en casa las preguntas igual que una ponzoña,
se reproducen obstinadamente entre la realidad y las palabras,
en las fisuras que hay entre las sílabas introducen sus huevos,
nos marcan como a reses, nos hostigan,
dirigen el rebaño de las dudas al precipicio de la confusión
y del error,
por encima de toda voluntad se escuchan...
La conciencia es el único organismo que contra sí conspira.

Torpes seres de arcilla que se ordenan en círculos,
pero no se percatan del asedio
al que hábilmente fueron sometidos
por milicias de espejos empañados
que multiplican los límites borrosos de su insignificancia.

Contradicción magnífica:
la forma de mirar nos hace extensos.

Canto XI

Extensos, excesivos, ídolos huecos que se fortifican
en sus mundos posibles mientras todo deserta
de ser útil y ambiguo.
¡El momento ha triunfado y hará suyas las dudas del principio!
La creación entera apuesta al cinco rojo
y rueda la ruleta del destino...
¡Ha vencido la espina!
Siempre gana la banca y el crupier nos señala los infiernos
con su eterna sonrisa arremangada.
Ya no queda en nosotros nada estable,
una delicuescente circunstancia
afianza nuestras idas y venidas
en la rueda de azar que es la existencia.
El llanto teme al orden, le seduce y le anima a estrangularse
mientras toca al compás de la derrota una lenta sonata
para niños que tejen los hilos de una horca.

A estas alturas ya... A estas alturas
una esperanza débil inserta sus ganzúas
dentro de este amasijo y las armas adoran
a un tótem travestido.
Afirmar o negar.
No hay opción intermedia, la nostalgia
no es moneda que sirva en esta lonja.
—¿A qué estáis esperando?
Destruir es crear,
cada ciclo que expira llena el cauce de argucias.
Cómplices de las plagas del desánimo
estamos abducidos por el odio y el miedo.
Igual que aquel homínido
que pintó con carbón nuestro pasado
tenemos que hacer sangre con todos los grafitis,
estampar en las piedras del futuro
lo que hoy es primitiva discrepancia.
—¡A qué estáis esperando!

Los demonios y dioses son amantes lascivos
que cuentan sus conquistas con números trucados
y juegan a la vida y a la muerte
apostando fortunas que les fueron prestadas.
Es un juego impostado,
se restriegan, se lamen, se penetran
intermitentemente unos a otros
mientras frágiles víctimas humanas corresponden al sexo,
con deleite se entregan a su causa,
se convierten en putas facilísimas que ni siquiera cobran
por servicios tan rápidos.
Hombres desvencijados
por los miembros grotescos de demiurgos e ídolos
han pactado con ellos sus destinos y cumplen
escrupulosamente con el papel firmado:
devorarse es el trato.

Contenida la rabia, desposada la duda,
la ruptura se agrava con cada arremetida.
Deidades y malignos eyaculan y gimen
dentro del intestino de jóvenes imberbes.
Lo que ignoran encuentra piedad en la matanza.
La piedra que lapida reza para que todos
acaben por saciar sus apetitos,
¡exasperante enigma el de la honda!
Fanática obsesión por el encuentro.
Hombres y dioses juntos, hasta el cuello enterrados
en una misma tierra y la piedra buscándolos
y la llama abrasándolos en una misma pira.
—Debéis saber que el fuego no distingue el conflicto.
Destruir es crear.
Solo nuestro entusiasmo en la inconsciencia
podría permutar esa condena.
No existe redención en las certezas,
tan solo un inexacto resultado
protegido detrás de las consignas,
creencias estampadas durante el nacimiento
en el software de cada personaje
que se fabrica en serie bajo papel de calco.

Deformes se consumen los atlas de lo humano
devorados por tribus de insectos legendarios,
caníbales que avivan las hogueras de toda desconfianza,
ígneos en la sospecha, náufragos en el cálculo,
en el dogma engarzados..., hay una masa inerte
de seres que se inclinan sobre fosas abiertas
que bullen expectantes.

Los hornos crematorios apilan sus cenizas
debajo de las brasas
y avivan los exilios interiores
y exteriores de todo lo arrasado.

Vestiremos de luto por aquellas luciérnagas quemadas.

Canto XII

—*No podremos salvaros* —está grabado a hielo sobre el tórax
del señuelo que usamos para cazar ficciones.
Nuestra felicidad ha sido una trinchera,
sí... pero trinchera solo, resbaladiza y frágil,
un refugio iniciático para los adalides de tanta trascendencia.

—¡*Sois cautivos* —nos dicen esas voces— *de discursos falsarios*
que os clavan los ojos sobre un futuro infausto.
—*Como era de esperarse* —dice alguien—
los crímenes de hoy serán legítimos.
Y hunde su aguijón en el esófago
del sueño que creíamos cumplido.
Insurrección inútil, heredera deforme,
hija de pesadillas hermanadas
por la hambruna y la rabia de unas guerras infames.
No hay cura para esto.
Como era de esperarse hay un extraño vínculo
en la conciencia de quienes nos poseen.
Como era de esperarse
comienza un espectáculo de títeres políticos
que hablan en un idioma necio e incomprensible,
seres intrascendentes que ascienden al absurdo
después de cada oráculo.
De cada profecía surge un vuelo de larvas
y un pueblo refractario a sus orígenes
habla a través del fuego que devora su historia de palabras.
Hay un mismo calvario en cada árbol,
un hechizo que enferma las promesas de todas las semillas,
la insatisfecha y fértil podredumbre
que abona el infortunio de esos seres minúsculos
en los que mansamente nos hemos convertido.
Como era de esperarse...
cargamos nuestra cruz con entusiasmo
pero el clavo se oxida bajo una sangre necia.
—*¡Aún tenéis los medios para hacerlo!* —repiten esas voces.
—*¡No afiléis los cuchillos! Queremos heridas sucias.*

Caminamos neófitos sobre brasas de augurios y el destino
es un alud de cuerpos desechados.
Aquello que creímos indestructible y útil
es la versión profana de un demiurgo ridículo.
La profecía dice —*Sed precisos,*
lo perfecto ya avanza impunemente.
El progreso nos dice:
—*¡Todos habéis nacido para ser inmortales!*

Como estatuas deformes nos amamos
ignorando que jamás será fértil
nuestra desmesurada descendencia.
Morimos como bestias enganchadas al giro
de una noria sin agua. Milenios dando vueltas
sobre pozos vacíos, despiadada costumbre
la de aplastar los ojos con la suela de un sueño
que nos fue prometido —¡barato, muy barato!—
como edén y destino.
Las ficciones antiguas no tienen la templanza suficiente
para aplacar el caos de productividad y rendimiento.
Siameses del deseo y sicarios del hambre
y presente y futuro
debatiéndose encima de las llamas.
No hay cura para esto
y temblamos...,
temblamos,
agitamos las marcas de los látigos
que nos dejó en la frente y en la espalda
aquel fervor impuesto por apóstoles
que llegaron de no se sabe dónde
para darnos noticia de que el veneno ardía en nuestra sangre.
Y temblamos...,
temblamos...,
soportamos
la inclemencia de un miedo que no nos concernía,
de un error que intentaba convencernos
de que el inconveniente nunca ha sido el exceso
de nuestros propios límites.
Dichosos y seguros, inconscientes y torpes
muñecos en las manos de unos dioses enfermos de avaricia,
al albur de su arbitrio,
con razón o sin ella.

Con razón o sin ella cosimos las banderas,
encendimos los hornos en campos de exterminio,
les hicimos más fáciles sus odiosas tareas.
Tan solo dependía de nosotros que el carrusel girase.
Nadie quiso abdicar de tanto vértigo. Durante dos mil años
y los miles de años que les precedieron
nadie hizo las cuentas del agravio, nadie puso su pértiga
entre los radios de la compulsiva
sinrazón que giraba dentro del frenesí de la tragedia.
Desde el primer instante solo fuimos
engendros embarcados por error en el arca.
¡Renunciemos a ello!
¡Hagamos el balance con cifras inventadas!

El mundo al principio fue real, pero hemos conseguido
que hasta la luna tenga su bandera de estrellas
clavada en el abdomen.
—*Desolación magnífica* —exclamó el astronauta.

Se impone la verdad.
Por fuera es un silencio, pero dentro
todo en ella son íntimas respuestas.
Corrosiva traspasa nuestros párpados
en el sigilo de los tanatorios.

Canto XIII

Solo existe verdad en el conflicto,
pero la muerte vive en lo infalible.
Encuentra un yacimiento inagotable
de exactas certidumbres
mientras el *ser* se incendia en la sospecha
y el tiempo se resiste a obedecernos.
—Ich bin deine Wahrheit,*
nos repiten las fauces de un escualo.

El mundo al principio fue real...
Ahora todo está falsificado.
Es una burda copia y sin ningún pronóstico propicio,
una guerra de límites y espectros replicantes,
procesiones de autómatas
programables nos sirven a la mesa sus menús consagrados.
Discursos paralíticos se empujan
a la velocidad de las consignas,
con su voraz e incomprensible táctica se contagian de odio
las mentiras que arden en los labios de títeres imberbes.
Su hazaña ha sido el pacto
con diablos que resultan comestibles
y el alma es usufructo que cotiza en las bolsas de valores.
Son hombres que se bastan a sí mismos y que solo conocen
aquello que poseen, anclados a lo exacto y lo concreto.

No hay cura para esto.

Proscritos entre el polvo y el aura de las formas metafísicas,
con el fardo de nuestro aburrimiento, famélicos y exhaustos,
subimos nuestras piedras a las cimas
como una simple fórmula para contar el tiempo.
Congeniamos el ocio y el negocio
del *ser* y del *estar* y nos rompemos
contra la superficie de lo humano,
sobre su rigurosa intransigencia.

*Soy tu verdad; Nietzsche, F. Así habló Zaratustra.

Infección presentida, esclavitud parásita
que triunfa en cada clic de las agujas.
La humanidad es ruido, un refinado gesto
de instantes prescindibles.

El universo es nuestro y nuestras teorías
nos lo hacen tolerable.
Cualquier anomalía es una nueva víctima
en el altar del orden, cualquier reproche el ámbito
de una nueva tiniebla, cada tiniebla el óvulo
de una religión nueva.

No hay cura para esto.

Sobre los vertederos, las lágrimas virtuales
de un rúter inalámbrico, sobre selvas baldías
las manchas aceitosas de hamburguesas veganas,
sobre los continentes de plástico oceánico
el guano de unos pájaros sintéticos
fertiliza cosechas inviables.
—*No podremos salvaros* —repiten esas voces.
—*¡Ay, si recuperaseis el viejo totemismo de la vida salvaje*
sin que alguna hecatombe os obligue
a regresar al caos del principio!

Llegar es empezar. Decir *llegar* es dibujar dos líneas
entre el polvo que baila con su desdén siniestro entre los rayos
de sol que ha dividido una persiana.

Debemos recordar:
en una línea el mundo se une,
con una línea el mundo se divide.[20]

Y aquí estamos, con razón o sin ella
aquí estamos de nuevo los que sobrevivimos a la diáspora.
Cada meta volante (¡qué gracioso!),
cada etapa se llena con los granos
del cuenco de cristal que nos da sombra,
y aquí estamos, con razón o sin ella
haciendo este repaso desde el observatorio,

sentados en el palco de un teatro donde se representa
la vida que nos hemos construido,
cada cual a su modo, igual que niños
con su cubo y su pala en mitad de la arena.
De Eiffel al zigurat y desde las Petronas a Altamira
estamos siendo Ícaros que intentan encontrar alas ignífugas.
Ensayo—error—caída... sin descubrir aún
lo que siempre hemos sido.
El fuego nos repite la respuesta
una vez y otra vez en los ghats del Yamuna,
en la ansiosa caricia de una incineradora.

Llegar es un concepto indefinido.
Decir *llegar* es aceptar que somos
cuerpos aleatorios rebotando
en una fluctuación imprevisible, con razón o sin ella.
Con razón o sin ella
el tiempo es un parásito, la humanidad el tórpido argumento
que fabrica el acero de nuestros eslabones.
Somos los prisioneros de una infecta codicia,
langostas de la plaga que devora los brotes de un destino
diseñado en 3D por una máquina.
Ser y estar,
vida y tiempo.
Esquivamos con cierto disimulo la razón y sus causas
y olvidamos el trigo y el oxígeno, obviamos el incendio,
negamos las lecciones dinámicas de Heráclito.
La épica insaciable de los cuatro elementos y su impulso
nos empuja a *estar siendo* en un tiempo inventado,
tapiado con presentes sucesivos.
Error que ante el error se hace alimento.
Si tiene razón Chillida[21], y futuro y pasado
son hoy contemporáneos, tampoco —como él— entiendo nada,
pero con él comparto el verde y el azul, el rojo, el siena...,
toda la luz de un mundo extenuado
mientras otros planetas distorsionan la elipse de sus órbitas
para alejarse de nuestro desvarío. Saben que los instantes
que inyectan los humanos en su locuaz deriva
son un ecosistema que apuesta al equilibrio
a fuerza de esquilmar el universo.
¡Renegad de todo ecosistema!

Con razón o sin ella.
Con razón o sin ella
alguien lee una lista que convierte a personas
en los nombres de muertos.
Los pares serán hombres. Los impares mujeres.
Y todos los cadáveres levantarán el brazo
al escuchar el número asignado
y se irán colocando cada cual en su sitio:
mujeres a la izquierda, a la derecha hombres.

Nuestra fosa común quedó ordenada:
los niños apilados en el centro.

Al borde de su isla, en un lugar remoto e impreciso,
un niño muy pequeño gritará varias veces
una misma palabra en otra lengua.
Llega aquí traducida al idioma que lees,
pero ni tú ni yo la comprendemos,
sin embargo él y yo sí descifamos
los múltiples idiomas de los árboles:
los castaños de indias, los abedules rusos,
las camelias de China, los arces de Virginia,
cerezos japoneses, araucarias de Chile...
Él y yo compartimos el pan con las serpientes,
ellas, de lengua bífida, sí entienden,
sin embargo, aquí abajo...,
sombras sobre la nieve, sol perdido.

Igual que ojos quemados por un fulgor de escarcha
vuelven los días atrás para cerrar el círculo
al que llamamos vida.
La infección de lo humano hace surcar sus naves
sobre la hemoglobina de todo el universo.
Como dijo a Voltaire en una carta Carlos Teodoro de Baviera:
Nuestro siglo es igual que una sirena:
la mitad de su cuerpo es una hermosa ninfa,
pero la otra mitad una asquerosa cola de pescado.
Pescados que se pudren como seres celestes
arrojados al tiempo de un mundo que al principio era real,
pero aquí abajo, ahora, hay un caimán tragándose la luna.
Rompe el mar como un vidrio contra la sombra en calma.

Vuelve la luz amable y esquinada,
no aquella cenital que aplastaba las formas
y abortaba los huevos de las aves.
El pez vuelve a nadar del fondo hacia la orilla.

Esta noche regresará la nieve
a entregar al silencio lo que es suyo.

Aquí abajo, con razón o sin ella
y después de tantísimo exterminio,
un pájaro de fuego está mirándonos
mientras abrasa el mundo con sus iridiscencias
y los fajos de luz caen por el suelo.

Ahora la muerte alumbra
y satura los ojos con el humo.
Las piras funerarias que encendimos
para expiar los cuerpos nos esquivan,
la leña escupe chispas que parecen reírse de las llamas.
Nunca purificados, nuestros largos cadáveres
regresan a pudrirse río abajo con los ojos abiertos.
Vemos a las sirenas comiendo nuestras córneas,
reciclar nuestra carne mientras un pez nos mira
desde fuera del agua.

Vuelve a haber esperanza.

La vida ha sido breve como una senda abierta en la espesura.
Despertarán los lobos mientras duerme el cordero
y la naturaleza seguirá legislando desde su indiferencia.
El tiempo, amortajado, perderá los colmillos de serpiente
que nos inocularon los virus del insomnio.

Hoy regresa la luz a reclamar sus deudas.

El fénix deposita en las mandíbulas
obscenamente abiertas de nuestras calaveras
dulces frutos del loto[22]

y alza el vuelo.

Ya se escucha el eructo de los quebrantahuesos.

Notas

[1] TAPIA, Isidoro. De un artículo publicado en *El Confidencial el* 28-10-2017.

[2] NIETZSCHE, Friedrich. *Así habló Zaratustra.* Barcelona: Bruguera, 1984.

[3] DALÍ, Salvador. *La persistencia de la memoria*. (Óleo sobre lienzo, 1931).

[4] VALÉRY, Paul. *Cuadernos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007.

[5] GIRONDO, Oliverio. "Nocturno"; *Veinte poemas para ser leídos en un tranvía*. Madrid: ALLCA XX, 1999.

[6] MAILLARD, Chantal. *Poemas a mi muerte*. Madrid: Ediciones La Palma, 2005.

[7] RILKE, R. M. *Elegías del Duino,* "La Primera Elegía". Versión Juan Rulfo. Ed. Sexto Piso. México. 2015: *Y si un ángel/ inopinadamente me ciñera/ contra su corazón, la fuerza de su ser/ me borraría; porque la belleza no es/ sino el nacimiento de lo terrible; un algo/ que nosotros podemos admirar y soportar/ tan solo en la medida en que se aviene,/ desdeñoso, a existir sin destruimos./ Todo ángel es terrible*.

[8] RILKE, R. M. Op. cit. (2015)

[9] En el párrafo que está a continuación de esta nota hay varias ideas de Friedrich Nietzsche. Todas ellas pertenecen al apartado "De las alegrías y las pasiones" de su obra *Así habló Zaratustra*. Estas ideas se repetirán a lo largo del libro. Su literalidad, distribuida en distintos párrafos de la obra de Nietzsche, es la siguiente: "En otro tiempo tenías perros salvajes en tu mazmorra: pero al final se transformaron en pájaros y en amables cantoras. De tus venenos has extraído tu bálsamo, has ordeñado a tu vaca Tribulación, —ahora bebes la dulce leche de sus ubres. [...] Pero ese pájaro

ha construido en mí su nido: por ello lo amo y lo aprieto contra mi pecho, —ahora incuba en mí sus áureos huevos. [...] Y aunque fueses de la estirpe de los coléricos o de la de los lujuriosos, o de los fanáticos de su fe o de los vengativos: al final todas tus pasiones se convirtieron en virtudes y todos tus demonios en ángeles. [...] Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad. Tus perros salvajes quieren libertad; ladran de placer en su cueva cuando tu espíritu se propone abrir todas las prisiones".

[10] La música de Mozart se alejó de la tendencia al virtuosismo expresivo del barroco y del desgarro emocional que preconizaba. Expresó su criterio de lo que debería ser la música del clasicismo en una carta dirigida a su padre, en la que decía: "Las pasiones […] no deben expresarse nunca hasta el punto de provocar el disgusto, y la música, incluso en las situaciones más terribles, debe aún producir placer y nunca ofender al oído, es decir, la música debe seguir siendo siempre música".

[11] SCHOPENHAUER, Arthur. "La definición de la vida"; *El arte de sobrevivir*: Barcelona: Erder, 2013. La redacción exacta es*: La vida se presenta como un engaño continuado, tanto en lo grande como en lo pequeño.*

[12] ANAXIMANDRO de Mileto. *Tratado sobre la naturaleza.* La redacción que ha llegado hasta nosotros en el tiempo a través de los fragmentos hallados de su obra, transcritos en los manuales de filosofía, es: *El hombre es un error de la naturaleza que se expía con la muerte. Nacimos en el húmedo, rodeados de cortezas espinosas.*

[13] SCHOPENHAUER, Arthur. Op. cit. La redacción exacta de este párrafo es: "Lleva la vida como si fuera una servidumbre feudal que ha de satisfacer. Pero ¿quién ha contraído la deuda? Fue el progenitor, en el disfrute de su sensualidad. Así que, por haber gozado este de ella, el otro debe vivir, padecer y morir. [...] Pues, en el fondo, cada individualidad no es más que un error específico, un paso en falso, algo que mejor no existiera, en efecto, algo de lo cual traernos de vuelta constituye el objetivo real de la vida".

[14] CIORAN, Emil. *La caída en el tiempo.* Barcelona: Planeta De Agostini, 1986.

[15] HEIDEGGER, Martin. *Ser y tiempo.* Madrid: Trotta, 2012.

[16] SCHOPENHAUER, Arthur. *Parábolas, aforismos y comparaciones.* Barcelona: Edhasa, 2002. La frase exacta es: "A excepción del hombre, ningún ser se asombra de su propia existencia".

[17] HASS, Hans. *El mundo bajo las aguas*. Barcelona: Plaza y Janés, 1976.

[18] HEIDEGGER, Martin. Estas ideas, expresadas filosófica y muy extensamente, están en su obra *Ser y tiempo*, ya citada: "Primera parte: La interpretación del Dasein por la temporeidad y la explicación del tiempo como horizonte trascendental de la pregunta por el ser"; "Capítulo sexto: El cuidado como ser del Dasein". Segunda sección: Dasein y temporeidad", concretamente en el punto 51 "El estar vuelto hacia la muerte y la cotidianidad del Dasein", y en el punto 52 "Proyecto existencial de un modo propio de estar vuelto hacia la muerte".

[19] El uso en este contexto del término *panóptico* (además del significado que figura en el diccionario de la RAE) tiene que ver más con la idea del centro penitenciario ideal diseñado por el filósofo Jeremy Bentham en 1791. El concepto de este diseño permite a un vigilante observar (*opticón)* a todos (*pan*) los prisioneros sin que estos puedan saber si están siendo observados o no.

[20] CHILLIDA, Eduardo. *Preguntas*. *Discurso del Académico Honorario Electo.* Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1994, pág. 42.

[21] CHILLIDA, Eduardo. Op. cit. p. 43. La redacción exacta es: "No se debe de olvidar que el futuro y el pasado son contemporáneos. Yo no entiendo casi nada y me muevo torpemente, pero el espacio es hermoso, silencioso, perfecto. Yo no entiendo casi nada pero comparto el azul, el amarillo y el viento. De la muerte, la razón me dice: definitiva. De la razón, la razón me dice: limitada".

[22] HOMERO. *La Odisea*; Canto IX, 92-102. Madrid: Edaf, 1985. "[...] Escogí a dos hombres, y a un tercero que envié como heraldo. Y marcharon enseguida y se encontraron con los lotófagos. Estos no decidieron matar a nuestros compañeros, sino que les dieron a comer loto, y el que de ellos comía el dulce fruto del loto ya no quería volver, sino que preferían quedarse para siempre allí con los lotófagos, arrancando loto, y olvidándose de la patria y del regreso".

Agradecimientos

Este libro no hubiese sido lo que es sin las extraordinarias contribuciones que hicieron con sus lecturas a las primeras versiones José Luis Nieto Aranda, Óscar Ayala y Diego Sánchez Aguilar. Va por ellos.

Biobibliografía

ALEJANDRO CÉSPEDES (aunque es un madrileño apasionado, nació en Gijón el doce de diciembre de 1958) está licenciado por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo. Residió en Madrid durante la mayor parte de su vida y desde 2017 lo hace en Oviedo. Su trayectoria profesional durante más de un cuarto de siglo se desarrolló en el campo de la gestión cultural, especializándose en la dirección de espacios escénicos, programación, producción, distribución y dirección escénica (Ministerios de Educación, Ministerio de Cultura, INAEM, Comunidad de Madrid, Festival de Otoño, Veranos de La Villa, Teatro Fernán Gómez y los Ayuntamientos de Madrid y Móstoles). Formó parte durante diez años del Comité de Dirección del Festival Internacional de Teatro Madrid-Sur con José Monleón. Miembro de la SGAE, compuso letras de canciones para importantes músicos españoles, entre los que destaca Luz Casal. Realizó crítica de poesía en *La Esfera de los libros,* suplemento cultural del diario *El Mundo*, desde 1998 a 2002; fue miembro fundador y del Consejo Editorial de la revista *Número de víctimas* del Foro de Escritores Contra la Guerra del Ateneo de Madrid, y responsable del Área de Poesía de la revista *La Cultura de Madrid*. Ha publicado sus poemas en la revista *Ínsula*, en los diarios *ABC* y *El Mundo,* y en la mayoría de revistas literarias españolas. Desde 2009 a 2011 codirigió el programa de poesía *Definición de savia* en la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y en la cadena SER fue responsable de la sección de literatura y teatro del programa *Café con hielo*.

Publicaciones y premios literarios

La infección de lo humano (Huerga y Fierro, Rayo Azul. 2021); El *aliento del klai* (Huerga y Fierro, Rayo Azul. 2020); Las *caricias del fuego* (Amargord Ed. 2018); *Voces en off* (Amargord Ed. *2016,* 2ª edición *2017); Topología de una página en blanco* (eBook, Códice de Barras. 2011, y Amargord Ed. 2012), seleccionado entre los 5 mejores libros del año por *Babelia-El País* y El Mundo; *Flores en la*

cuneta (Hiperión. 2009), *Premio Jaén de Poesía* 2009 y propuesto para el Premio de la Crítica: (https://www.diariodesevilla.es/ocio/Neuman-Carnero-Millares-Premio-Critica_0_360264444.html); *Los círculos concéntricos* (AEAE. 2008), *Premio Blas de Otero*, 2007 y *Premio de la Crítica de Asturias* 2009; *Sobre andamios de humo*. *Poesía reunida* (1979-2007) (Vitruvio. 2008); *Y con esto termino de hablar sobre el amor* (incluido en *Sobre andamios de humo*); *Hay un ciego bailando en el andén* (Hiperión. 1998); *Las palomas mensajeras solo saben volver* (Hiperión. 1994) *Premio Hiperión* 1994, seleccionado como mejor libro del año —junto con *Habitaciones separadas* de Luis García Montero— por la revista *El ciervo*; *James Dean, amor que me prohíbes* (Pamiela. 1986), *Premio Navarra de poesía* 1985 y *Ángel González*, Oviedo, 1984; *La noche y sus consejos* (Genil. 1986), *Premio Internacional de Poesía Villa de Lanjarón*, Granada. 1985; y las plaquettes *La escoria de los días (*Madrid, La esfera. *2009); Tú, mi secreta isla* (Málaga, Plaza de la Marina. 1990) y *Muchacho que surgiste* (Santander, Scriptum. 1988). Ha obtenido, además, entre muchos otros, el accésit del *Premio Internacional Teatro Español de Madrid,* 1985 y el *Premio Standard de Textos Teatrales*, 1977.

Su obra ha sido recogida y estudiada en numerosas antologías y ensayos literarios, entre los que destacan: *Cuerpo y dolor en la creación poética española (2001-2020),* Tesis doctoral de Sergio Fernández Martínez, (Universidad de León, 2021); *The Poetics of Poetry Film;* Sarah Tremlett (Intellect Books, Bristol, United Kingdom. 2020); *Malos tiempos para la épica. Última poesía española (2001-2012).* Luis Bagué Quílez y Alberto Santamaría (eds.) (Visor. 2013); *Translating Alejandro Céspedes with Ezra Pound* (Yolanda Gamboa Tusquets, *Translation Review*. Routledge, Taylor & Francis Group. Centro de Estudios de Traducción de la Universidad de Tejas, Dallas. 2019). *PoesïdA: an anthology of AIDS poetry from the United States, Latin America and Spain*, Carlos Antonio Rodríguez Matos (Ollantay Press. New York, 1995); *Poéticas del afuera en Alejandro Céspedes y Julio César Galán*: Poetry TrasAtlántica, Fernando J. Cid (Case Western University -Cleveland, EE.UU. 2015); *Limados. La ruptura textual en la última poesía española*, un ensayo de Óscar de la Torre (Ed. Amargord, 2016); *Discontinuidades formales en la poesía española contemporánea*, Vicente Luis Mora (Rev. de Poesía Laboratorio, Chile, 2018); *Omnia vincit verbum? Un estudio sobre "Voces en off"*; Manuel Martínez-Forega (Amargord. Madrid, 2016; pp. 189-217); *La poesía de Alejandro Céspedes*, Inés Ramón (Rev. El Alambique, nº 8. Noviembre 2013-abril 2014); *La temática poética en Alejandro Céspedes*, Julio Mas Alcaraz (epílogo a *Flores en la cuneta*, Hiperión, Madrid. 2009; pp. 65-80), etc.

Es autor de tres largometrajes —cinepoesía— (*La libertad del títere*, *Voces en off. La invención del espacio*, y *Las caricias del fuego*, así como productor y realizador de medio centenar de videopoemas y booktrailers tanto para sus propias obras como para otros escritores. Algunas de estas obras se pueden ver en su página web: www.alejandrocespedes.com y en sus canales de YouTube y Vimeo.

Desde 2008 ha desarrollado un importante trabajo en el ámbito de la poesía escénica con la dramatización y puesta en escena de espectáculos y vídeo-espectáculos sobre sus libros: *Los círculos concéntricos*; *Flores en la cuneta*; *Topología de una página en blanco-La libertad del títere*; *Voces en off, la invención del espacio*; *Las caricias del fuego,* y *El aliento del klai, pequeñas historias sobre la indiferencia*. Estos espectáculos se han representado/proyectado en el Festival Internacional de Cine de Gijón (FIC-PLUS), en el Teatro Fernando Fernán Gómez, Centro de Creación Contemporánea-Matadero, Palacio de Cibeles y Auditorio de la Delegación del Principado de Asturias (todos ellos en Madrid), Teatro Filarmónica de Oviedo, Auditorio de Cuenca, Teatro Palacio de la Audiencia (Soria), Sala Carme Teatre (Valencia), Teatro Circo (Córdoba), Museo Barjola, Auditorio de El Coto y Teatro del Centro de Cultura Jovellanos (Gijón), Centro Cultural de la Generación del 27 (Málaga), Universidad de Zaragoza, además de en otros espacios de la geografía nacional.

Índice

CANTO I 13
CANTO II 17
CANTO III 19
CANTO IV 26
CANTO V 29
CANTO VI 31
CANTO VII 33
CANTO VIII 38
CANTO IX 40
CANTO X 43
CANTO XI 48
CANTO XII 51
CANTO XIII 54

NOTAS 61

AGRADECIMIENTOS 65

BIOBIBLIOGRAFÍA 67

19

Esta obra
se acabó de imprimir
bajo los auspicios de
Charo Fierro y
Antonio J. Huerga, editores.

FINIS CORONAT OPUS